

confianza del califa, quien le hizo asesinar en la mezquita de Córdoba. Muza conquistador de España, privado de sus tesoros y desterrado á la Meca por el tirano, murió de pesar al saber el trágico fin de su hijo. Mas fué inútil que los califas pusiesen á los walis ó gobernadores de España bajo la dependencia de los vireyes de Africa; la cruel y suspicaz política de los señores del Oriente no pudo conservar mucho tiempo bajo su poder aquella posesion lejana.

Tras una lucha sangrienta, el cetro de Oriente acababa de pasar á una nueva dinastía, y solo Abd-Al-rahman, *servidor del misericordioso*, se habia libertado del hierro de los asesinos. Mientras que el walí de Africa pregonaba su cabeza, tres Jeques de Córdoba le ofrecian la España, en donde la raza de Omiah conservaba numerosos partidarios. Abderraman pasó el estrecho con mil caballos, derrotó á Jusef gobernador abasida, y habiendo sido proclamado emir Al-Mumenim estableció en Córdoba el segundo imperio musulman. Con todo no osó tomar el sagrado título de califa ni lo llevaron sus sucesores hasta cincuenta años mas tarde.

Abderraman y sus sucesores hicieron increíbles esfuerzos para afirmar su poder y reconstituir la nacion española enlazando á los antiguos habitantes con la poblacion nueva, no tanto por la fuerza de las armas como por el glorioso prestigio de que supieron rodear su trono. Un gobierno generalmente suave y humano reparó los males de la invasion. Los vencidos conservaron sus leyes y sus magistrados y pudieron ser juzgados por sus propios tribunales menos cuando habian ofendido á un musulman: la poblacion conquistadora no estuvo exenta de contribuciones, aunque pesara su mayor parte sobre los cristianos; permitióse á estos el libre ejercicio de su culto con la condicion de que no atacasen públicamente la fé musulmana: las principales iglesias se habian convertido en mezquitas; las otras quedaron en poder de los cristianos: volvió á florecer la agricultura y la España fué el pais mas poblado y mas industrioso de Europa. La brillante civilizacion que hizo memorables en Asia los reinados de Arun y de Al-Manum reflejó con igual brillo en la España musulmana, y los emires de Córdoba fueron dignos émulos de los señores de Bagdad. Alentadas las artes con la prodigalidad y con el ejemplo de los soberanos, desple-

garon toda su magnificencia. Córdoba, capital del nuevo imperio, fué el santuario de las letras y de las ciencias, en donde setenta bibliotecas y setecientas escuelas ofrecian un copioso raudal de enseñanza. Las cuestiones importantes de filosofia y de literatura se controvertian en una academia compuesta de cuarenta miembros: seis poderosas ciudades rivalizaban en esplendor con la capital; cuatrocientas poblaciones de orden inferior se granjeaban riquezas por medio del comercio, y las márgenes del Guadalquivir ostentaban hasta mil doscientas aldeas rodeadas de fertiles campiñas.

Sin embargo, esa brillante prosperidad no pudo dar vida ni duracion al imperio musulman. Los moros permanecieron siempre extraños al suelo español, y si bien algunos antiguos habitantes enlazando sus familias con las de los infieles aceptaron el título de mozárabes ó árabes por adopcion, la fé cristiana mantuvo irreconciliable enemistad con el islamismo, y el espléndido poder de los mahometanos hubo de sucumbir lentamente á los esfuerzos de los pobres y oscuros defensores del cristianismo.

Desde este momento, la España se constituye en teatro de esa prolongada y estupenda lucha, en la que á despecho de multiplicados reveses, la obstinada energía de los cristianos estiende y afirma sus progresos. Abderraman, emir independiente de Córdoba, habia reinado treinta años con gloria, mas estaban ya conmovidos los cimientos del imperio de los moros al norte de la península, en donde algunos territorios se habian emancipado de su dominio. Durante los disturbios que siguieron á la muerte del califa Hixem, Alfonso el Casto rey de Asturias llegó hasta las puertas de Lisboa, y el califa Al-Hakem furioso por el éxito de empresas que le arrancaban de su vida indolente, no supo tomar otra venganza que la de sacrificar á sus propios súbditos. En el reinado de Abderraman II varias plazas de Aragon proclamaron su independencia; los navarros pasaron el Ebro no sin haber experimentado antes algunas derrotas, y poco despues eligieron un rey. Las divisiones de las dos razas infieles en árabes propios y en bereberes de Africa, que se unieron á los primeros para llevar adelante la conquista, favorecian los esfuerzos de los cristianos. El intrépido Ordoño, rey de Galicia, alcanzó una brillante victoria contra el califa mahometano,



y los piratas normandos sembraron el terror en las costas occidentales. Alfonso el Grande digno hijo de Ordoño, ilustre por la batalla de Zamora, llevó sus victorias hasta el centro de las posesiones musulmanas; pero el reinado del grande Abderraman III que fué el primero que tomó el título de califa de Occidente, cortó de golpe los progresos de los cristianos.

Este fué el período mas brillante del poder musulman. Sujetadas de nuevo las provincias sublevadas, y divididos los cristianos á su vez despues de la muerte de Alfonso el Grande, dificilmente se defendieron en sus montañas, y la terrible batalla de Simancas que costó cincuenta mil hombres al califa, solo momentáneamente interrumpió los triunfos de los musulmanes. Vencedor de los Fatimitas, Abderraman acababa de ser proclamado califa en Africa; sus numerosas flotas le hacian dueño del Mediterráneo, y el emperador de Constantinopla enviaba á solicitar su alianza contra los califas de Bagdad. En medio de los trabajos guerreros de su largo reinado hizo florecer en su corte las letras y las artes, y desplegó grande magnificencia en la construccion del palacio de Córdoba cuajado de oro y jaspes. No obstante, al morir, al cabo de cincuenta años de prosperidad y de gloria, confesó que apenas habia tenido catorce dias felices.

Despues de este célebre reinado, algunos califas indignos de su rango, ocultaron en el espléndido palacio de Abderraman su voluptuosa é indolente vida, mirando con indiferencia como su imperio se caia á pedazos. Deseoso Hixem II de reanimar el entusiasmo religioso de los árabes devolviendo su primitiva pureza á la creencia musulmana, mandó arrancar las viñas y proscribió el uso del vino. El visir Mohamet-al-Manzor, *el victorioso*, lucha todavia mas enérgicamente contra la decadencia del reino; apela á los brillantes recuerdos de la conquista, y por lo menos esclarece los últimos dias del califato con el brillo de sus hazañas. Arrinconados otra vez los cristianos en sus montañas, no pudieron impedir que el héroe musulman se apoderase de Barcelona, Zamora y Leon, que saquease la venerada iglesia de Santiago de Compostela, patron de la España cristiana, y que vencedor de los Edrisitas, cuya sublevacion habia sofocado á la otra parte del estrecho, regresase al centro de España y persiguiera á los navarros hasta el pié de los

Pirineos. Cincuenta años de triunfos habian persuadido á Almanzor de que era invencible; mas reunidos los reyes de Leon y de Navarra para la defensa del nombre cristiano, esperaban á los infieles bajo los muros de Medinaceli. Fué esta la quincuagésima séptima batalla de Almanzor, quien durante todo el dia disputó la victoria que por fin se ladeó á los cristianos y el visir murió desesperado. Los musulmanes volvieron á caer en el letargo, y el califato fué víctima de una disolucion general: las tribus africanas llamadas á ocupar las campiñas desiertas por tantas guerras, aspiraron á la independencia: los walis, soberanos en las provincias, se negaron á reconocer la supremacia del impotente califa y convirtieron en reinos sus gobiernos. Diez y nueve estados se formaron de los despojos del imperio musulman, mientras que veinte oscuros pretendientes se arrebataban sucesivamente el trono de Córdoba. Con Hixem III se estinguió la dinastía de los Omniadas, y la ciudad de Córdoba antigua capital del califato de Occidente, ya no fué mas que la capital de una provincia.

La España, único pais de Europa condenado á sufrir durante muchos siglos el yugo musulman, no habia sido la sola espuesta á sus ataques, pues toda la Europa meridional tuvo que repeler sus invasiones ó sus latrocinios. Aun no estaba enteramente sometida la España, cuando ya Muza vencedor de las ciudades catalanas traspuso los Pirineos y devastó la Septimania, antigua dependencia del reino de los visigodos. Muy luego el emir Zama estableció en Narbona una colonia musulmana y avanzaba por las riberas del Garona, cuando fué contenido por Eudo, duque de Aquitania, que le derrotó cerca de Tolosa. Ambiza tomó á Nimes y saqueó á Carcasona, y desde entonces, dice un autor árabe, el viento del islamismo empezó á soplar de todos lados contra los cristianos. La Septimania, el pais de Albé, la Ronerga y el Gevaudan fueron víctimas de horribles devastaciones. Lo que se salvaba del hierro era presa de las llamas: los vencedores no conservaban sino lo que podian llevar consigo. Habian incendiado los conventos de las márgenes del Ródano, las iglesias de Lion, de Beaune, de Autun; y entonces un ataque todavia mas terrible estremeció á la Galia y á la Europa entera. Cruzó los Pirineos un innumerable ejercito acaudillado por el emir Abderraman; inundó todas las provincias; des-



truyó las tropas del duque de Aquitania, infatigable defensor de la Galia Meridional, y se avanzó hácia el Loira: pero ese inmenso esfuerzo de la invasion musulmana se estrelló en las llanuras de Poitiers contra la segur de Cárlos Martel. Fué tal el desastre sufrido por el ejército de Abderraman, que los historiadores árabes dieron al campo de batalla el nombre de *Campo de los mártires*.

Habíase salvado la cristiandad, mas la Europa tenia que defender no ya su existencia sino la seguridad de sus playas. Marsella estuvo por un momento en poder de los musulmanes: en el reinado de Al-Hakem principiaron las grandes expediciones marítimas: quince mil piratas salieron de los puertos de España y fueron á guarecerse á la isla de Creta, desde donde llevaron el terror á todos los mares; y aunque arrojados de Narbona, repelidos á la parte de los Pirineos por Pipino el Breve y derrotados en España por Carlomagno, volvieron á presentarse varias veces en Francia. Hácia el año 889, los piratas desembarcaron en el golfo de San Tropez en la Provenza, dieron muerte á los habitantes del lugar inmediato y se establecieron en una peña que dominaba la entrada del golfo. Tal fué el origen del terrible apostadero de Traxinet, que aumentado luego y fortificado se convirtió en una especie de república militar. Estando los sarracenos en posesion de todos los pasos de los Alpes, se unieron con los húngaros, nuevos invasores de la Francia, para saquear la Helvecia y el Valés, permaneciendo dueños del pais por espacio de veinte años, y se arrojaron despues sobre la Italia septentrional, á la que aterrorizaron con el incendio de Acqui y el saqueo de la Lombardia. En fin, despues de la muerte de Abderraman III, pudo recobrase el Delfinado; y el castillo de Traxinet en donde hacia ochenta años se acumulaban los despojos de los paises vecinos cayó en poder del conde de Provenza. De esta época data la ruina del poder musulman en el mediodia de Francia.

En la misma sazon, la Italia meridional luchaba con trabajo contra los ataques todavia mas temibles de los sarracenos de Africa. En 827 los aglabitas desembarcaron en Sicilia y tomaron á Agrigento, Enna y Siracusa que fué destruida en 901, y fundaron un principado cuya capital fué Palermo. Llamados como auxiliares por los partidos que destrozaban la península, ya por los grie-

gos, ya por los beneventinos, se hicieron dueños de Palermo y se apostaron en el monte Gárgano para dominar toda la baja Italia. La Cerdeña y luego la Córcega cediendo á sus repetidas invasiones les dieron el imperio de todo el Mediterráneo occidental. Para sustraerse de sus ataques, el papa Juan VIII tuvo que acudir con un tributo: en 946, Leon IV, se vió obligado á levantar un muro que protegiera el arrabal del Vaticano; mas la sumision de los príncipes de Benevento, extendió el poder del emperador de Alemania hasta el Mediodia de la Península y puso mas eficaz barrera á los progresos de los musulmanes, desde cuya época perdieron una por una todas sus posesiones en Italia. La Cerdeña sin embargo quedó en poder de los Zeiritas y Palermo en el de los Fatimitas, vencedores de la dinastía de Aglab, hasta que los caballeros normandos sustrajeron la Sicilia al poder de los infieles en 1006.

## IX.

Inmensos fueron los resultados del advenimiento de Pipino el Breve al trono de Francia. Despues de haber hecho prevalecer definitivamente la raza austrasiana y germánica sobre la neustriana ó de los antiguos francos, contribuyó poderosamente á acrecentar la pujanza del clero debilitada por la política de Cárlos Martel. Educado Pipino bajo la égida de la Iglesia, hizo intervenir á los prelados en su coronacion y los admitió en las asambleas del campo de Mayo exclusivamente guerreras en un principio; y la introduccion en ellas de la lengua latina que era la del clero aumentó la preponderancia de este. Mientras que el poder de la nobleza fundado por el feudalismo no amenaza la autoridad real, acreciéntase esta rápidamente bajo el influjo de los fundadores de la dinastía carlovingia, y, al menos por algun tiempo, se levanta del estado de abatimiento y sugesion en que yacia en tiempo de la primera dinastía. Le da su principal apoyo la gloria militar, y por lo tanto las expediciones guerreras ocupan casi incesantemente á los primeros reyes carlovingios. El reinado de Pipino viene á ser el preludio del de Carlomagno y prepara la conquista de la Aquitania, que se verificará en los primeros años del reinado de su hijo. Empieza la lucha contra los sarracenos y sajones, y acepta el cargo de mediador de